

Beatriz Berrocal
Marioneta



Un retrato fiel y escalofriante
del maltrato escolar

Aquel día nos dieron las notas de Física, y si lo llego a saber no aparezco por clase.

Lo pasaba tan mal en momentos como aquel, que hubiese preferido que el profesor se hubiese limitado a darnos el examen y que cada uno viésemos en nuestro sitio la nota que habíamos sacado; después, el que la quisiera comentar con los demás, que lo hiciese, y el que no, que se la callase.

Estaba convencida de que lo hacían público para pregonar nuestras miserias a los cuatro vientos, encontrando alguna secreta satisfacción en pronunciar nuestro nombre y detrás el número que nos habíamos ganado, en voz alta, muy alta, para que todo el mundo lo escuchase bien, para que recayesen sobre mí las miradas burlonas de los que se sentaban a mi alrededor, que se tapaban la boca con las manos intentando contener la risa, que me tiraban papelitos a la cabeza como si se tratase de un confeti amargo, preludio de lo que tenían preparado para mí, como si ese dedo pulgar que el cabecilla del grupo se pasaba de un lado a otro de su cuello a

modo de guillotina fuese únicamente para que no se me olvidase que a la salida de clase me estarían esperando.

Maldito nueve y medio de Física, malditas notas que eran para mí una tortura, maldita cárcel en la que me sentía atrapada sin nada que me atase pero sin poder alargar ni un dedo para pedir la ayuda que tanto necesitaba.

—Pero ¿qué te pasa, Alma? Pareces ausente, hija, no dices nada... Últimamente hay que sacarte las palabras con gancho... ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Qué tal los exámenes? ¿Te han dado ya alguna nota?

—Sí, la de Física.

—¿Y qué tal?

—Bien.

—Pero ¿qué sacaste?

—Un nueve y medio.

—¿Nueve y medio? ¿Y lo dices con esa cara? ¡Pero hija, que parece que has sacado un cero! ¿Cómo no me has contado nada?

—¡Ay, mamá! Déjalo, de verdad, déjalo ya. Tampoco tiene tanta importancia. Tengo quince años, no tiene tanto mérito...

–Pero ¿cómo que no? ¡Alma! ¡Ven aquí! Pero ¿qué te pasa?

Me pasaba que no quería hablar más con mi madre, bueno, ni con ella ni con nadie, quería estar sola, encerrada en mi habitación, porque entre aquellas cuatro paredes era el único sitio en el que me encontraba segura. Deseaba con toda mi alma no tener que salir de allí nunca más, poder quedarme para siempre tumbada en mi cama, tapada hasta la cabeza con las mantas, y que todo el mundo se olvidase de mí, que nadie se acordase nunca más de que existía.

Mi madre llamó a la puerta de mi cuarto otra vez, pero no quería que entrase. De buena gana me hubiera tirado en sus brazos y le hubiese contado todo lo que me estaba pasando, pero no podía, no quería preocuparla, no quería que sufriese por mí, yo no era el ombligo del mundo, al fin y al cabo, toda la gente tiene preocupaciones.

Tenía que salir de aquel problema yo sola, sin hacer daño a nadie más. Lo que no sabía era cómo iba a hacerlo.

–Alma, quedamos esta tarde en la esquina de Cortefiel, ¿vale? Dame un toque si hay cambio de planes, no voy a conectarme porque tengo el móvil «petado» y mi hermano va a intentar arreglarlo. ¿Me oyes?

–Es que no sé si iré al final, la verdad es que no tengo muchas ganas.

–¿Qué dices? ¡Pero si ya hemos quedado con ellos! ¡Que viene Roberto! ¡Cómo no vas a venir?

–Que no sé, que a lo mejor sí y a lo mejor no, ya te llamo o te mando un whatsapp con lo que sea.

–No hay quien te entienda, tía, llevamos dos meses esperando para que los de primero celebren esta fiesta, dos meses preparándolo todo, pensando si irán estos o no irán, planeando qué nos ponemos o qué nos quitamos, y ahora, cuando llega el gran día, resulta que te rajas porque estás muy cansada... No lo entiendo.

Marga tenía toda la razón del mundo, habíamos pasado las últimas semanas haciendo planes para el día de la fiesta de los de primero. Yo me moría de ganas de ir por si iba Roberto, y ella, por

si iba su amigo, pero, a medida que se iba acercando el momento, me sentía aterrada ante la idea de ir y que los de siempre me armasen alguna.

¿Por qué la habían tomado conmigo? ¿Qué les había hecho yo? Quería pasar de ellos, ignorarles por completo o al menos dar esa sensación. No les provocaba lo más mínimo, no les hablaba, no les miraba, no respiraba cuando pasaban por mi lado, pero ya no sabía lo que era mejor porque parecía que esa actitud les hacía crecerse, sentía que cada día me comían más terreno, que me acorralaban más, que tenía menos espacio para respirar, menos aire dentro de mis pulmones, y lo peor de todo era que me hubiera conformado con que todo se hubiera quedado como estaba y las cosas no hubieran ido a peor, aunque sabía, lo veía venir, que eso no iba a ser así.

Lo que más me dolía de todo era que entre ellos estaban dos chicas, Rosa y Tesa, con las que el año anterior me había llevado bastante bien, no habíamos sido amigas como lo era de Marga, pero nos habíamos contado muchas cosas y en clase lo habíamos pasado muy bien. Fue al pasar de curso cuando cambió todo, se dejaron arrastrar por los dos macarras de turno, Mario y Pincho, que no era la primera vez que repetían curso, por eso estaban apalancados en cuarto aunque fuesen

años mayores que nosotros. Supongo que era eso lo que les hacía sentirse superiores, pero no lo sé, ni les comprendía ni les comprendo, no soy capaz de meterme en sus mentes y entender por qué me hicieron lo que me hicieron.

A principio de curso la tomaron también con Julio. Éramos sus dos víctimas, yo sabía lo que le hacían a él, y él lo que me hacían a mí, aunque nunca hablamos abiertamente de ello, pero después de las vacaciones de Semana Santa, Julio no volvió. Supe por otros compañeros que se había cambiado de instituto, por eso se empezaron a cebar conmigo; era como si la burla y el daño que habían volcado en los dos lo guardasen todo para mí, únicamente para mí.

Entonces pensé un montón de veces en hacer lo mismo, cambiarme de instituto, irme a otro sitio donde no les viese, donde no estuvieran ellos, donde no tuviera aquel pellizco en el estómago cada mañana cuando al levantarme pensaba que tenía que volver a clase, pero esa no era la solución, esa era solo una manera de esconderme, de dejarles que se salieran con la suya, y no pensaba consentirlo. Además, cabía la posibilidad de que llegase a otro sitio y me pasase lo mismo con otros iguales que ellos, era algo que estaba a la orden del día, cada vez se escuchaba más hablar de ello, se conocían

varios casos, era como una moda; a lo mejor yo tenía madera de víctima, y si me iba a otro instituto podría pasarme lo mismo. Entonces, ¿qué haría? ¿Volvería a irme? ¿Me cambiaría otra vez?

No podía, no pensaba pasarme la vida huyendo de ellos, tenía que ser fuerte, yo no había hecho nada, no me metía con nadie, no les provocaba, no hacía nada más que ir a mi bola, pero les molestaba el simple hecho de que yo existiese, de que respirase, de que sacase buenas notas... ¿Por qué?

Decidí ir a la fiesta de los de primero, tenía muchísima ilusión porque sabía que iba Roberto y que me lo podía pasar de vicio. No creía que ellos fuesen allí, aquel no era su rollo, no les veía en un ambiente así y, además, si iban, que fuesen, allí iba a haber gente de otros cursos con los que no tenían tanta confianza y no sería fácil que se atreviesen a hacer ninguna de sus tonterías, porque se arriesgarían a que los demás se les echasen encima.

Decididamente, iría a la fiesta, le mandarí un whatsapp a Marga y quedaríamos. Ya tenía decidido lo que me iba a poner: llevaría el pantalón blanco con el top rojo que tenía sin estrenar, y si no le daba por llover, me pondría las sandalias con un poco de tacón.

Iría a la fiesta, iría y no me pasaría nada.

Llegamos al Sol y Luna ya pasadas las siete de la tarde. Éramos unas cuantas, porque en Cortefiel quedaba un montón de gente y nos encontramos con mucha peña, así que ya fuimos juntas para allá.

Iba un poco nerviosa por lo de Roberto, y además había salido de casa rayada porque mi madre se había pasado todo el rato que tardé en arreglarme dándome la chapa con lo de siempre: que a ver qué vais a beber, que tengas cuidado con las compañías, que no vengas tarde, que vamos a buscarte, que dónde crees que vas arrastrando los pantalones por la calle y con el estómago al aire... Bueno, que al final me harté y le dije que me dejase tranquila porque me estaba amargando la tarde, y todavía le pareció mal.

Me preguntaba en qué momento se iba a dar cuenta de que ya no era la niñita de dos años a la que tenía que hacerle todo, solo esperaba que con Bea no fuese tan pesada; nos llevamos un año, pero confiaba en que cuando mi hermana empezase a salir, mi madre lo tuviese más asumido que conmigo.

Al llegar al Sol y Luna, donde era la fiesta de primero, había un montón de gente que no era de clase pero que conocíamos del instituto. Se notaba bastante buen rollo, pero a mí me entró un bajón cuando no encontré a Roberto por ningún sitio. Nos acercamos a la barra, por supuesto que no se servía ni gota de alcohol, así que nos pedimos unos refrescos y nos colocamos por allí, a hacer como que nos lo estábamos pasando muy bien, pero en el fondo muy decepcionadas, porque lo mismo Marga que yo habíamos ido allí para ver a los chicos.

Cuando ya estábamos pensando en abrírnos, empezaron a poner música de la que te apetece cantar y bailar, y nos animamos un poco, hasta salimos a la pista y nos pusimos todos a hacer el «chorras» allí, bailando mogollón y riéndonos mucho porque se estaba animando el ambiente. Justo entonces aparecieron Roberto y su amigo, y a Marga y a mí se nos paralizó el corazón, porque se pusieron justo a nuestro lado y empezaron a bailar y a decirnos que si qué animado que estaba aquello, que si nos lo estábamos pasando bien y todo eso.

Podría haber sido una de las mejores tardes de los últimos tiempos. Yo estaba muy ilusionada y además había un rollo buenísimo, de eso que te

sientes a gusto, que te olvidas de los problemas y te parece que el resto del mundo ha desaparecido y solo existe lo que estás viviendo en ese momento.

Ni siquiera les vi entrar, no me enteré de nada. Yo estaba a lo mío, sin meterme con nadie, sin pensar en nada más que en lo bien que me lo estaba pasando, y no me di cuenta, fue todo muy rápido, un leve empujón al que no se le hace caso porque en esos sitios es normal que al haber poco espacio y mucha gente se empuje o se dé algún golpe sin importancia. Fue entonces cuando sentí la humedad, el frío y sobre todo el olor nauseabundo que me envolvía. Hubo gente que no se enteró, siguieron bailando y ni se dieron cuenta, pero los que estaban a mi lado se apartaron de repente, y entonces, instintivamente me miré y me vi empapada con un líquido que olía fatal.

Solo se me ocurrió salir corriendo para el baño. Marga vino detrás de mí, y justo en ese momento vi a Rosa y a Pincho apoyados en la barra, muriéndose de risa y diciéndome al pasar: «Las colonias baratas es lo que tienen, que huelen a mierda, como tú».

Quise morirme allí mismo, quise que la tierra me tragase, que nada de aquello me estuviese pasando a mí, pero era tan cierto como el olor que me envolvía.

No sé lo que me habían echado, pero, al quitarme el top en el baño, tenía pegados por la piel un montón de moscas y mosquitos que, aunque estaban muertos, no había forma de despegar. Se me habían mezclado también por el pelo, porque el líquido que me habían tirado por la espalda era viscoso y repugnante.

Marga se afanaba en lavarme con unas toallitas que llevaba en el bolso, con agua, con papel del baño, pero no podía limpiarme bien y yo estaba histérica al ver todos aquellos bichos pegados en mi piel.

Lo peor de todo era que no sabía cómo iba a volver a casa porque el top era imposible ponerme y yo no podía salir del baño y atravesar toda la sala sin nada encima.

—Puedo ir hasta tu casa y traerte algo. Espérame aquí, que no tardo nada —dijo Marga, que estaba tan asustada como yo, pero no quise porque entonces tendría que explicarle a mi madre lo que había pasado y era capaz de presentarse allí mismo, con lo cual me iba a sentir mucho peor todavía.

—Pues voy hasta mi casa —dijo mi amiga—. Te traigo algo mío y ya está.

Pero me aterraba la idea de quedarme sola en el baño, allí encerrada y medio desnuda. No podía, tenía miedo y no quería estar sola.

Marga llevaba otro top como el mío, no podía tampoco quitarse nada para dejármelo a mí, así que se le ocurrió ir al guardarropa y ver si había alguna prenda de las que se olvida la gente que pudieran prestarme solo para salir de allí.

Fue salir Marga del baño y entrar Rosa. La sentí, la presentí por el ruido de sus botas negras, por la lentitud de sus pasos, por la risa absurda de su boca asomando por debajo de la puerta del baño, esos huecos enormes que no sé por qué dejan siempre.

Yo estaba casi desnuda y ver aparecer su cabeza por allí debajo me hizo sentir tanto pánico que lo primero que se me ocurrió fue darle con el pie. No sé si le di dos o tres patadas, no lo sé, yo estaba histérica, me tapaba el pecho con las manos y le di con los pies hasta que se quitó. Debí de hacerle daño, supongo que sí, pero en ese momento me daba lo mismo, solo quería que Marga llegase, que me trajese algo de ropa, que nos fuésemos de allí enseguida.

No creo que le hiciese sangrar, pero al darle en la cara con la sandalia, que tenía la punta fina, se la debí de clavar en algún sitio. No me extraña, porque en aquel momento hubiese sido capaz de clavársela en el mismísimo cerebro; yo, que odio la violencia; yo, que soy incapaz de hacer daño ni

a una mosca; yo, que no puedo ver que peguen ni maltraten a nadie, le di con la puntera de mi sandalia tan fuerte como pude.

–Te vas a cagar, pija. Has firmado tu sentencia de muerte –dijo Rosa justo antes de salir.

Y en aquel momento supe que tenía razón.